

**Acabo de llegar del acto...**  
**Por Gustavo Brufman**

Acabo de llegar del acto, allá en zona sur. Venía en el auto conversando con Carolina Kauffman, que me hizo pensar muchas cosas, y ahora me metí en un ciber a escribirles. Me quedé con las imágenes del viejo Rubén con el que compartí noctámbulas charlas reparadoras del mundo. Y con Fander, sonando en el fondo de un sueño melancólico y sereno. Me quedé con mi bolsita de pororó compartiéndola con Germán y los perros callejeros que nunca faltan en los encuentros del barrio.

Me quedé con el gordo Marcelo que anda enamorando las viejas por radio, y te habla como si estuviera sentado en chancletas en el patio de tu casa tomando un vaso de vino tinto. Me quede mirando la gente que miraba desde atrás la historia de este buen hombre, probablemente sin saber cuánto tiene que ver con sus propias vidas. Me quedé clavado en la carita de David, contando desde la pantalla, el día que este buen señor se fijó en él, y le hizo saber que existía, y que tenía derecho a ser... Me quedé con los arco iris de celofanes pegados en el encierro, como una suerte de conjuro contra la dolorosa oscuridad.

Viejo loco, caminador, chiquilín al que le supe ver cómo le titilaban los ojitos de atorrante, de turro, de pibes de barriadas que andan penando con sus corazones libres.

Siempre es bueno escaparse un rato al encuentro con su vida, porque en algún que otro punto, por allí me descubro discutiendo solos en su altillo que funcionaba como Dirección de Bellas Artes en Humanidades, sabiendo los dos, que nos las teníamos que arreglar bien solos entre conciliábulos interminables de sesudas estrategias revolucionarias que llevaban a ninguna parte. Por ahí me descubro con un par de franceses a los que no se les entendía un catzo en plena plaza de Barrio Ludueña, con madres adolescentes rodeadas de sus chiquitos que lo veían conectado a su mochila pensando que bajó de Marte. O paradito firme en los actos, con su cuerpo flaco y quijotesco, de paso largo como de garza cuando andaba apurado. Y entonces me lo cruzo diciéndome su célebre: "Qué hacés querido, qué tal, qué tal", o su famoso: "Inapelable". Y ahí anda uno, creyendo que se lo va a encontrar a la vuelta de la esquina. Y por qué no? Si nos hace bien al alma poner las emociones al descubierto.

Un beso grande.

Gustavo Brufman

*11 de setiembre de 2006*